

SAN JOSÉ, PATRONO DEL CONCILIO VATICANO II

LAURENTINO M^a HERRÁN

El domingo 29 de setiembre de 1986, el cardenal Glemp, rodeado de incontables obispos y sacerdotes de varias partes de Polonia, en la amplia plaza de San José de Kalisz (diócesis de Wlockaweck) coronaba solemnemente —en reparación del anterior robo sacrilego— la efigie del milagroso icono de la Sagrada Familia, que se venera en una de las capillas de la Basílica de la Asunción.

Con este solemnísimo acto se clausuraba el *IV Simposio Internacional de San José*, y los representantes de las distintas Sociedades de Estudios Josefinos, poniéndolo en manos del Eminentísimo Cardenal Primado, elevaban a la Santa Sede, entre otros, el *voto* siguiente: que teniendo en cuenta que el Concilio Vaticano II se había convocado y desarrollado bajo el *patrocinio de San José*, Patrono de la Iglesia Universal, en vísperas del Sínodo Extraordinario de Roma (que quería ser un relanzamiento de sus enseñanzas y directrices) se pusieran las labores bajo el mismo Patrono, el Glorioso Patriarca San José, Esposo de la Virgen Santísima y Padre virginal de Jesús.

Muchos, aun allí mismo, se sorprendieron de que el Concilio Vaticano se hubiera convocado y desarrollado bajo la tutela de San José, cuyo *patrocinio* ahora ni siquiera figura en los libros litúrgicos.

Saliendo, pues, al paso de esa ignorante extrañeza vamos a recordar unos acontecimientos de interés que pertenecen a la historia que estamos viviendo en nuestra Iglesia.

1. *San José Patrono de la Iglesia Universal*

En 1870, con ocasión del Concilio Vaticano I, numerosos obispos del mundo católico presentaron fervorosas peticiones al papa, el Siervo de Dios Pio IX, para que San José fuese especialmente honrado e invocado.

Pío IX decidió aceptar tales demandas durante el Concilio. Pero, como es sabido, el Concilio tuvo que interrumpirse en setiembre de aquel año. Con todo, en la primera gran ocasión, en la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, el Sumo Pontífice proclamó a San José *Patrono de la Iglesia Universal*¹.

En el decreto de la *S. Congregación de Ritos* se subraya la altísima dignidad del hombre, elegido para Esposo de María, que «a quien tantos reyes y profetas habían anhelado poder contemplar, no sólo lo vio, sino que convivió con El, y le abrazó con cariño de padre y le besó, a más de alimentar con sumo esmero a quien el Pueblo fiel tomaría como alimento bajado del cielo». Por ello la Iglesia le ha venerado siempre junto a la Madre de Dios y ha acudido a él en busca de protección en las situaciones difíciles de su historia. Considerando todo esto, Pío IX, «conmovido ante la creciente luctuosa situación del mundo, y accediendo a las insistentes peticiones de los sagrados Obispos nombró a San José patrono de la Iglesia universal, para que él mismo y todos los fieles pudieran encomendarse a su potentísimo patrocinio. Por lo cual mandaba que la fiesta del Santo Patriarca se celebrara con rito de primera clase, pero sin octava por coincidir la fecha con el tiempo de Cuaresma. (Recuérdese que estamos todavía muy lejos de la reforma litúrgica posterior al Vaticano II)².

«Fue aquel —comentaba después Juan XXIII— un breve pero gracioso decreto *urbi et orbi* verdaderamente *ad perpetuam rei memoriam* que abrió un venero de riquísimas y preciosas inspiraciones a los sucesores de Pío IX». Y enumera los documentos con que los siguientes Papas habían fomentado la devoción a San José hasta Pío XII, que instituyó la fiesta de San José Obrero, con el evidente propósito de contrarrestar el sentido marxista de la fiesta del Trabajo el 1 de mayo³.

A todos los Papas elogia sinceramente Juan XXIII. Pero, como puede verse en el mismo documento y a lo largo de su pontificado, sus preferencias iban hacia León XIII quien, además de la encíclica *Rerum novarum*, había escrito tantas otras sobre el Rosario, y en

1. A Juan XXIII le gustaba recordarlo y así lo hacía muchas veces, v. g.: *Alocución (1-5-1961)*, en *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, III, 260-61. En lo sucesivo citaré esta fuente con las siglas DMC, seguidas de la indicación del volumen en números romanos. Cfr. también *Carta apostólica*, *ibid.* 774-775; *Visita a la Basilica de Santa Teresa*, (18.2.1961), DMC IV, 670; *Alocución (28.2.1962)*, 791; *Alocución (20.3.1963)*, DMC V, 428.

2. *Acta Leonis XIII*, IX, 175-182. Cfr. entre otros estudios los recogidos en la revista «Estudios Josefinos» 41 (1966) y 42 (1967).

3. JUAN XXIII, *Epistula apostólica*, AAS 53 (1961) 205-213.

1889 mandó dedicar el mes de octubre al rezo del mismo, añadiéndole la oración «A vos, oh bienaventurado San José», que tantas veces recordaría Juan XXIII en las alocuciones de sus catequesis. De León XIII recuerda la encíclica *Quamquam pluries*, «el documento más amplio y extenso que un Papa haya dedicado en honor del Padre putativo de Jesús»⁴.

En esta encíclica León XIII aportaba varias razones para fundamentar la veneración, aunque tardía en la Iglesia, que se había tenido al Esposo de la Virgen y Padre tutelar del Hijo, cuya educación Dios Padre había dejado a su fiel y amoroso cargo.

No entramos a analizar la doctrina profunda de esa famosa encíclica. Pero sí queremos hacer notar que el Papa da una razón íntima que presta apoyo teológico a los estudios josefinos: la Familia de Nazaret era ya en su ser germinal, la Iglesia, la cual según la doctrina Patrística, había comenzado con el *fiat* de Nuestra Señora, dado cuando María «estaba desposada» con José el «Justo»⁵.

«Pero la casa divina, que con patria potestad gobernaba José, encerraba los gérmenes de la incipiente Iglesia. La Virgen Santísima, por ser Madre de Jesucristo, lo es también de todos los cristianos, porque los engendró en el monte Calvario, entre los últimos sufrimientos del Redentor; y Jesucristo es también como el primogénito de los cristianos, que por adopción y redención le son hermanos. En todo esto ha de verse la causa de que el beatísimo Patriarca tenga, como por una singular razón, encomendada a sí la multitud de los cristianos, de que se compone la Iglesia, es decir, esta familia innumerable y extendida por todo el mundo, sobre la cual él, por esposo de María y padre de Jesucristo, goza una autoridad en cierto modo *paterna*»⁶.

Sin pretender sacar de aquí, ahora, las hondas consecuencias teológicas para adentrarnos en lo que la teología puede descubrir en este *patrocinio-paternidad* sobre la Iglesia, lo recordamos porque para Juan XXIII es un «venero de preciosas *inspiraciones*» que nos llevarán a entender, aparte de su devoción personal, la decisión de poner el Concilio Vaticano II bajo el Patrocinio del Patrono de la Iglesia.

4. *Ibid.*

5. Cfr. A. LUIS, *Principales documentos pontificios relativos a San José*, en «Estudios Josefinos» 42 (1967) 123-152. Sobre el alcance del '*fiat*' de Nuestra Señora con respecto a la Iglesia nos contentamos con citar el testimonio de San Agustín: «*Illius Sponsae thalamus fuit uterus Virginis... 'Verbum caro factum est'... Illi carni iungitur Ecclesia, et fit Christus totus, caput et membra*», *In epist. Jn 1, 2, 1*, PL 35, 1979.

6. LEON XIII, *Quamquam pluries*, l. c.

2. Las incidencias patronales del Vaticano II

El día 25 de enero de 1959 el Papa sorprendió al mundo con una noticia de un futuro suceso del que él mismo se sentía estrechado instrumento.

«Venerables hermanos e hijos queridos... Pronunciamos ante vosotros, ciertamente temblando de cierta conmoción, pero al mismo tiempo con la humilde resolución de un propósito, el nombre y el propósito de una doble celebración: un Sínodo Diocesano para la Urbe y de un *Concilio Ecuménico para la Iglesia Universal*»⁷. Para esta empresa se apoyaba, contando con la intercesión de María Inmaculada, en la de San Pedro y San Pablo, San Juan Evangelista —de quien era especialmente devoto— y San Juan Bautista con todos los santos de la Corte celestial⁸.

Para el Papa aquello había sido una verdadera inspiración. Lo confesaba hablando al clero y en particular a los de la región de Venecia: «Para su anuncio escuchamos una inspiración, de cuya espontaneidad sentimos, en la humildad de nuestra alma, como un *toque imprevisto e inesperado*»⁹.

Lo consideraba una nueva «Pentecostés»¹⁰, y dándose cuenta de la inmensa tarea que suponía un Concilio, hacía chanzas con la edad de Pio IX y la suya propia¹¹. Y, al tiempo que pedía cada vez con mayor insistencia oraciones «por el éxito del Concilio al que hemos consagrado lo que el Señor nos conceda de vida»¹² concluía diciendo en la clausura del Sínodo diocesano: «E poi voluisse sat est. Alla gloria delle grande imprese basta la volontà de averlo cooperato»¹³.

Con el riesgo que lleva siempre sondear el alma de un hombre, se puede rastrear el camino que llevó a Juan XXIII, que sentía vivamente la «comunidad de los santos» celestes y terrestres¹⁴, a poner

7. JUAN XXIII, *Alocución en el monasterio benedictino de San Pablo*, AAS 51 (1959) 68.

8. *Ibid.*, p. 69.

9. JUAN XXIII, *Exhortación al clero veneciano en San Marcos*, AAS 51 (1959) 379. *Alocución en el colegio de 'Proganda fide'*, 25.11.1961, DMC V, 313.

10. *Id.*, *Alocución en Pentecostés*, AAS 51 (1959) 420.

11. *Id.*, *En el inicio de la obligatoriedad de las decisiones del Sínodo*, AAS (1960) 978. Bromeaba frecuentemente con su edad, como, p. e. en la *Alocución en el día del homenaje del aniversario de su coronación*, AAS 53 (1961) 764-765; AAS 52 (1960) 977-978.

12. *Id.*, *A los españoles con motivo de la canonización de S. Juan de Ribera*, AAS 52 (1960) 528.

13. *Ibid.*, p. 304.

14. Creemos decisiva —y lo comprobamos a lo largo de este estudio— su especial vivencia de la intercesión de los Santos en favor de la Iglesia militante

bajo la especial protección de San José la empresa, cuyas dimensiones fue paulatinamente descubriendo, tanto que no es extraño que, como hombre, a él mismo le asombrara.

Ya vimos que el Concilio, que anunciaba súbitamente, lo encomendó desde el principio a la intercesión de la Virgen Inmaculada, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo y de todos los Santos.

En una audiencia a los franciscanos (en que, con las palabras de José el de Egipto, «Ego sum Ioseph, frater vester» les manifestaba que él era terciario franciscano), como solía hacerlo, les pedía oraciones hacia sus propios santos y a la Reina de todos ellos¹⁵. Al clero de Venecia les pedía la intercesión de San Pio X, y en la Exhortación *Ad Petri Cathedram* (19.6.1959) señalaba como uno de los fines principales del Concilio, *La unidad de la Iglesia*¹⁶, idea sobre la que insistiría en el Consistorio del 14.12.1959, apelando a la intercesión de la Madre de Dios, hacia quien los Orientales tienen extraordinaria devoción¹⁷.

En la clausura del Sínodo Diocesano, 31.1.1960, ponía el Concilio bajo la protección de San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo y San Gregorio Magno, cuyos sepulcros guarda la Basílica Vaticana¹⁸.

En el mismo templo, en Pentecostés, cuando ya se había reunido la comisión antepreparatoria, Juan XXIII, después de exponer el ambicioso programa del Concilio, pedía a la Virgen intercediera ante el Espíritu Santo, y a los Santos (cuyas reliquias se veneran en el templo) que se unieran a la intercesión de su Reina.¹⁹

Todas las ocasiones le servían para hablar del tema que, en carta a los Obispos de Alemania, afirmaba «animo nostro alte defixam insidere»²⁰. Así en la canonización de San Juan de Ribera, pedía su intercesión a favor del Concilio²¹. Al anunciar el comienzo obligatorio de las disposiciones del Sínodo Diocesano de Roma, recordando la figura tan querida de Pio IX, ponía todas las conclusiones y su preocupación

o peregrinante. Pero con la particularidad de que casi siempre mencionaba a los santos patronos del lugar o agrupación cristiana, junto a sus santos patronos, los Santos Juanes, San Pedro y San Pablo y los santos cuya memoria le sugería el calendario litúrgico. Cfr. *Alocución en Pentecostés*, AAS 52 (1960) 525-526.

15. *Id.*, *A los padres franciscanos*, AAS 51 (1959) 311-313.

16. *Id.*, AAS 51 (1959) 497-531.

17. *Id.*, AAS 52 (1960) 10-11.

18. *Id.*, AAS 51 (1960) 294.

19. *Ibid.*, 525-526.

20. *Ibid.*, 37.

21. *Id.*, *Homilía en la Canonización de S. Juan de Ribera*, AAS 52 (1960) 528.

por el Concilio bajo el patrocinio de la Inmaculada²². Y a la Comisión Central preparatoria, después de unas palabras programáticas y de aliento les decía: «Acudimos a los Santos de la Liturgia de estos tres días: San Bernabé, ayer; San León Magno con los santos Juan de Sahagún y los mártires Basíldes, Cirino, Nabor y Nazario, hoy, y San Antonio de Padua mañana»²³.

A los fieles de Turín les recordaba a su primer Obispo, San Martín, que había convocado en un sínodo a los obispos de la Dalia, y rememoraba la predicación de San Vicente Ferrer y San Bernardino de Siena, sin olvidar a los santos más cercanos, Cottolegno, Cafasso y San Juan Bosco: todo para decirles que los turineses se encontraban en el surco de sus antepasados, colaborando, cada uno en su sitio, a «este magno acontecimiento, que conmoverá la vida de los espíritus y redundará también en pro del orden social» (No olvidemos los problemas de Turín y que el Papa había ya publicado la Encíclica *Mater et magistra*)²⁴.

3. San José Patrono del Concilio

El 25 de diciembre de 1961 publicaba Juan XXIII la Constitución *Humanae salutis*. Habían pasado tres años del anuncio del Concilio Vaticano II, cuyas líneas maestras traza el Papa en esta Constitución, llamativamente optimista en un momento histórico que el mismo Papa, auscultador de los «signos de los tiempos», calificaba de grave advertencia admonitoria, aunque él se mostrara molesto ante los «augurios de calamidades». El Concilio se presentaba como un gran don de la Iglesia al mundo, como indicador de las soluciones que el mundo andaba buscando a tientas, ya que la Iglesia «pletórica de vitalidad, fortalecida en su unidad social, vigorizada por la bondad de su doctrina» estaba llamada a ser Luz de las gentes.

«Así, pues, confiando en la ayuda del Redentor divino, principio y fin de todas las cosas, de su augusta Madre, y de San José a cuya tutela desde el mismísimo comienzo encomendamos el éxito de este gran acontecimiento, nos parece legado el momento de convocar el Concilio Euménico Vaticano II»²⁵.

22. *Id.*, AAS 52 (1960) 978.

23. *Id.*, «Adsit nobis suis gratiis Divinus Paraclitus, quem suppliciter exoramus. Maria exaudiat, Advocata nostra. Opituletur Sanctus Ioseph, Ecclesiae Patronus». Y luego siguen las palabras que hemos citado en el texto. Y da la razón de encomendar trabajo tan solemne a los Santos que nos recuerda la Liturgia del Misal y del Breviario, pues la 'presencia' de estos Bienaventurados augura el éxito del trabajo que se inicia. AAS 53 (1961) 498-499.

24. *Id.*, *Alocución a los peregrinos de Turín*, DMC IV, 251.

25. *Id.*, *Constitución Humanae salutis*, AAS 54 (1962) 11.

Es, pues, ésta la solemne declaración del Patrocinio de San José sobre el Concilio que se convocaba. Pero, observemos, que al lado suyo coloca a su Santísima Esposa. Creemos obligación nuestra explicar lo que a primera vista pudiera parecer incoherente. Siguiendo la catequesis de las audiencias, y de los otros documentos pontificios, observamos que nunca dejaba de mencionar a los Santos que tenían alguna relación con la condición o procedencia de los oyentes o a los que le sugería su vivencia litúrgica con su lenta y piadosa recitación del Breviario y de la Santa Misa. Sabía muy bien que el patrocinio especial de los Santos se debe a alguna relación, intrínseca o extrínseca, con la actividad de que son patronos. Pero todos los Santos juntos forman la *comunidad celeste* y la eficacia de su intercesión depende de la proximidad con Cristo, el gran Intercesor. Esto explica la insistencia con que Juan XXIII acudía a la protección de los diversos Santos para impetrar el éxito del Concilio que se venía preparando. Y la proximidad mayor que existe entre los Santos y Cristo, es, naturalmente, la de su Madre y la del hombre justo, ligado a Ella por los lazos del matrimonio.

Y esto explica que, asegurando el Papa que desde el «mismísimo momento» de la idea del Concilio lo ponía ya bajo el patrocinio de San José, coherentemente, acudiera a los Santos del año litúrgico, y que junto a San José fuera invocada inseparablemente su Santísima Esposa.

Así en la Audiencia general de 15 de marzo habla de la próxima fiesta de S. José (ese año impedida según las leyes de la liturgia) y afirma que «una palabra suya unida a la de la Virgen Santísima nos alcanzará las gracias, comenzando por las más necesarias»²⁶. Hablaba del Concilio y afirmaba que la Virgen Santísima y San José eran sus protectores por excelencia. Y en su visita a las reliquias de San Estanislao de Kostka, recordando a la Virgen de Czestochowa, que tuvo ocasión de visitar, afirmaba que su universal patrocinio lo ejercía ahora sobre el Concilio, —intercediendo con sus oraciones—, rodeada de su castísimo Esposo San José, y de los coros gloriosos de los ángeles y de los santos de todos los tiempos, entre los cuales se encontraba San Estanislao²⁷.

En setiembre de 1961 firmaba la Carta Apostólica sobre el Rosario, como medio eficaz para obtener la paz del mundo amenazada. «El

26. *Id. Audiencia general* (15.3.1961), *L'Osservatore Romano* 16.3.61.

27. «Fanno corona a Maria il castissimo S. Giuseppe, i cori gloriosi degli Angeli e Dei Santi, di ogni tempo e populi. Tra essi S. Stanislao Kostka gloria eccelsa della diletta Polonia 'semper' fidelis», *Homilia en la visita a la Iglesia de S. Andrés del Quirinal*, DMC V, 301.

Rosario de María viene elevado a *plegaria pública y universal* frente a las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Iglesia Santa, de las naciones y del mundo entero». Pero no podía faltar un pensamiento para San José. «Su querida figura aparece más veces en los misterios gozosos del Rosario. Pero recordemos a León XIII, que en el fervor de sus recomendaciones, por tres veces —en 1885, 86 y 88— lo presentó a la veneración de los fieles del mundo entero enseñando aquella plegaria, que nos es tanto más querida porque fue aprendida en los fervores de nuestra infancia»²⁸.

A lo largo del año en que se publica *Mater et magistra*, va destacando a San José como modelo de la vida interior, y como modelo de todo trabajador cristiano: «Sobre todos estos lugares a nuestro corazón le agrada ver, paternalmente inclinado sobre las fatigas y las penas de cada uno, la imagen serena del Guardián de Jesús y Esposo purísimo de la Santa Virgen, para bendecir y esforzar, para sostenerle y confortarle»²⁹. En Belén está, como asegura Juan XIII, *el ejemplo más sublime de vida familiar* pues resplandece en su punto focal, en el grado de máxima perfección, el amor de Dios y el afecto mutuo de la caridad más perfecta³⁰.

Y, siguiendo la misma línea de pensamiento, recomendaba la devoción a la Sagrada Familia, puesto que resume y compendia cada una de ellas³¹.

Sabemos que fue León XIII quien accedió a la petición de algunos Obispos y estableció, para las diócesis que lo solicitasen, la fiesta de la Sagrada Familia, siendo él mismo quien compuso los himnos litúrgicos³². Pues en marzo, en la estación cuaresmal de la parroquia de San Joaquín, habló de él y de su esposa Santa Ana, alabando en ellos no sólo la paternidad sobre la Santísima Virgen, sino su continua oración en medio de los quehaceres familiares, pormenor éste que de ellos podemos imitar y que compone la santidad en la vida ordinaria. Y aprovechó la ocasión para alabar al admirado León XIII (que confió dicha iglesia a los redentoristas, cuya dirección espiritual buscó el Papa siendo todavía clérigo y donde predicó por primera vez a los fieles en el cincuentenario de la Inmaculada), figura en su tiempo tan

28. *Id.*, *Carta Apostólica sobre el Rosario*, AAS 53 (1961) 646-647.

29. *Id.*, *Radiomensaje en la fiesta de S. José Obrero* (1.5.1960), DMC, 333.

30. *Id.*, *Mensaje en la festividad de la S. Familia* (7.1.1962), IV, 140.

31. *Id.*, *Alocución general* (7.1.1961), *L'Osservatore Romano* 9.1.1961.

32. M., GARRIDO BOÑANO, *La fiesta de la Sagrada Familia*, en «Estudios Josefinos» 41 (1967) 77-85.

admirable por su doctrina y por el empeño que puso en que hubiera tantas familias que trataran de imitar las figuras excelsas de Joaquín, Ana, José y María Santísima³³.

Pero no eran sólo las fiestas litúrgicas, sobre todo la Navidad, ni la admiración por León XIII lo que dió el último impulso para declarar a San José Patrono del Concilio que se acercaba. Hombre de sencillez evangélica y encantadora, iba haciendo, a lo largo de sus Audiencias, confidencias de su intimidad religiosa. Nos fijaremos sólo en algunas de las más características.

En la comunión pascual de los encargados de la limpieza decía: «Todas las fiestas reciben el fulgor del sol eterno, Jesús. Pero cuando esta fiesta es la de San José, entonces se trata de un verdadero, inefable misterio de dulzura, de gracia y de consuelo. Pensad solamente en el significado de la unión de estas dos personas, la Virgen y el Niño, y al lado San José. Todos los santos glorificados merecen, ciertamente, especial honor y respeto; pero es evidente que San José, con toda justicia tiene un puesto único, más suave, más íntimo y entrañable en nuestra alma. Debiendo tomar al asumir el Pontificado un nombre, el Santo Padre ha elegido el de Juan. Podía llamarse José; pero este nombre no está en uso entre los Papas. Se diría que José, padre putativo de Jesús y Esposo de la Virgen María quisiera estar solo. Pero si no nos ha dado su nombre, nos ha dado sus virtudes. Y el Papa a lo largo de su vida le ha sentido como excelente protector y compañero, y el mejor modelo; y le ha considerado continuamente como seguro protector. El gran Pontífice Pio IX lo proclamó Patrono de la Iglesia Universal e introdujo su nombre en la letanía de los Santos. En adelante se celebraron dos fiestas en honor de San José; y llegó a ser popular la bellísima oración 'A vos acudo, oh bienaventurado San José', que para el joven Roncalli sirvió de uno de los primeros ejercicios memorísticos»³⁴.

Y en el Consistorio del 19.3.1962 volvía sobre el tema: «Venerables hermanos en el Sagrado Colegio... por una razón especial nos agrada haceros esta confidencia, a tono con las relaciones familiares que nos unen... al celebrar la fiesta de San José, cuyo patrocinio hemos siempre experimentado, y en la misma fecha en que hace treinta y siete años, en 1925, en esta ciudad dichosa, se nos confirió la dignidad episcopal en la Iglesia de San Carlos... Y no sin una complacencia paternal vemos que once miembros del Sagrado Colegio tie-

33. JUAN XXIII, *Homilía, en la estación cuaresmal en la Parroquia de San Joaquín*, (12.3.1961), DMC III, 547-551.

34. *Id.*, *Homilía en la comunión pascual de los empleados de la limpieza*, DMC I, 627-630.

nen el mismo nombre, el de San José, patrono de la Iglesia Universal, a quien hemos encomendado la tutela particular del próximo Concilio»³⁵.

Y finalmente en la Audiencia general del 20 de marzo de este mismo año decía a los fieles reunidos con motivo de la beatificación de Elisabeth Ana Boyle: «Su fiesta tiene un doble valor para el Papa. Hoy hace 38 años recibió en la basílica de San Carlos, la consagración episcopal. En aquella ocasión, habiendo necesidad de uniformarse a la costumbre de los Obispos de firmar los actos y documentos con su nombre de pila, decidió ser fiel a lo que su párroco había escrito en el registro parroquial Angel José. Y ahora toda la querida familia católica quiere que justo el 19 de marzo celebre su onomástica el Papa. Cómo no descubrir en esto una señal de particular devoción y protección de quien es el Protector de la Santa Iglesia»³⁶.

4. *Carta Apostólica sobre el fomento de la devoción a San José*³⁷

El Papa tuvo siempre la idea del Concilio como una inspiración divina, y a partir de su anuncio comenzó a prepararse con una entrega y colaboración que al mismo Papa le causaba admiración y le confirmaba en lo sobrenatural de la empresa que se comenzaba³⁸.

Por ser sobrenatural había que movilizar fuerzas sobrenaturales, que fue lo que vino haciendo en los dos años largos del anuncio del Concilio. Y mientras se preparaba todo lo que un Concilio requiere, el día de San José Juan XXIII escribió una Carta Apostólica en la que observa que en vísperas de la Sagrada Liturgia Pascual nos encontramos «con la humilde y amable figura de San José, el augusto esposo de María, tan caro a la intimidad de las almas más sensibles». Y luego de trazar brevemente la línea ascendente de la devoción a San José, explica cómo fue proclamado Patrono de la Iglesia, y los documentos de los últimos Papas impulsando esta devoción al Patrono de la Iglesia. «Todo es grande y digno de ser destacado en la Iglesia tal y como la instituyó Jesucristo». Pero el Concilio Ecuménico moviliza con

35. *Id.*, *Discurso en el Consistorio secreto del 19 de marzo*, AAS 54 (1962) 200-201.

36. *Id.*, *Alocución en la audiencia en la beatificación de Elisabeth Ana Boyle*, DCM V, 427.

37. *Id.*, *Homilía en la beatificación de Elisabeth Ana Boyle*, AAS 53 (1961) 205-213.

38. Entre los muchos testimonios que muestran su entrega a la obra del Concilio como a una verdadera obra de Dios, citamos la *Epistola ad christifideles Urbis Romae, Oecumenico Vaticano II Concilio appropinquante*, AAS 53 (1961) 241 s.

mayor energía un acercamiento más apretado en torno del ministerio de la Iglesia. El Papa en la cumbre, y en torno suyo los Cardenales, Obispos de todas las iglesias y todos los ritos, y además los doctores y maestros competentes en las disciplinas sagradas, que aúnan sus esfuerzos, cooperando todos los cristianos con su oración y vida cristiana, «en esa recirculación más perfecta de gracia, de vitalidad cristiana que hace más fácil y expedita la adquisición de los valores cristianos. Todos en espera de esa *virtus* divina que parece destinada a marcar una nueva época en la historia de la Iglesia contemporánea.

Y todo este esfuerzo; ¿a qué mejor patrono podemos confiarlo «que a San José, cabeza augusta de la Familia de Nazaret y Protector de la Santa Iglesia?». Y, comentando unas palabras de Pío XI, recuerda que en la Iglesia incipiente nos encontramos con la recia figura del Bautista y la robustísima de San Pedro, pero también con la persona de San José «que pasa, en cambio, recogida, callada, como inadvertida en la humildad y en el silencio, a la que debía suceder el grito verdaderamente fuerte, la voz y la gloria por los siglos». Y añade Juan XXIII que, si en Letrán resplandece la gloria del Bautista, en el templo máximo de San Pedro, también hay altar para San José, que a partir de esta fecha, va a tener nuevo esplendor, más amplio y solemne para que sea «el punto de convergencia y piedad para cada alma y para las inmensas muchedumbres», pues bajo las bóvedas del Vaticano se van a tener las sesiones del Concilio.

Y termina Juan XXIII: «¡Oh San José! Aquí está tu puesto como *Protector Universalis Ecclesiae*. Que tu espíritu interior de paz, de silencio de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, Rey glorioso e inmortal de los siglos y los pueblos».

Así el día 1 de mayo podía decir a los peregrinos, en su mayoría obreros: «Está bien que en el templo de San Pedro... no falte el reclamo del que siguió los misterios del Salvador durante su vida terrena. También para San José podemos comenzar desde Belén, donde está compendiado el total carácter de su vida y santidad... Es un día en que la Iglesia celebra tres fiestas, el comienzo del mes de María, la festividad de su Esposo, Patrono de la Iglesia Universal, invocado con el título de la labor que desarrolló en su vida terrena, San José Artesano, y por tanto, fiesta de los trabajadores.»³⁹

Y con la satisfacción de toda su sincera devoción decía, en ocasión

39. JUAN XXIII, *Alocución a los trabajadores el 1 de mayo de 1961*, DMC, 259-261.

distinta: «Al entrar en la Basílica —como primer sentimiento de favor celestial— hemos bendecido esta imagen de San José en su altar. Era anhelo nuestro cumplir este acto de piedad hacia el Esposo castísimo de María, el Custodio de Jesús, y coronar de este modo el deseo del corazón, porque aun en el templo máximo de la cristiandad se enciende también la devoción a San José, protector del Concilio Ecu­menico Vaticano II»⁴⁰.

Y se llenó de gozo al enterarse de que muchos Padres Conciliares, antes y después de las sesiones, rezaban en grupo ante la imagen de su Patrono⁴¹.

5. A las puertas del Concilio Vaticano II

Entretanto las Comisiones habían trabajado sin descanso sobre los 15 volúmenes «Acta et Documenta» de sugerencias enviadas a la Santa Sede, que abarcaban el amplio panorama de los problemas internos y externos de la Iglesia, a los que el Concilio esperaba dar respuesta.

Y entró la Gran Asamblea en las tareas propiamente conciliares con la Constitución *Humanae Salutis* (25.12.1961), en que el optimismo del hombre de Dios, en medio de las tremendas crisis que agitaban el mundo entero, afirmaba que la Iglesia «fortalecida en su unidad social, vigorizada en la bondad de su doctrina, purificada en su interior», podía ser la ayuda eficaz a los problemas del «hombre contemporáneo». Esta tarea exige un *vasto programa* que llevará al Concilio a feliz término⁴².

«Así, pues, confiando en la ayuda del Redentor divino, principio y fin de todas las cosas, de su augusta Madre la *Virgen María*, y de *San José*, a quien desde el mismo comienzo confiamos tan gran acontecimiento, nos parece llegado el momento de convocar el Concilio Ecu­menico Vaticano II»⁴³.

Por un *Motu proprio* señalaba la fecha para el 11 de octubre del mismo año⁴⁴.

Pero sabiendo que toda esta magna obra sería un esfuerzo inútil sin los medios sobrenaturales, escribió la Enciclica *Paenitentiam agite*

40. *Id.*, *Homilía en la beatificación del venerable siervo de Dios Luis M^a Palazzolo*, AAS 53 (1963) 342.

41. *Id.*, *Alocución al Colegio Cardenalicio*, (17.3.1963), DMC V, 163-165.

42. *Id. Humanae salutis*, AAS 54 (1962) 1-13.

43. *Ibid.*, p. 11.

44. *Id.*, *Motu proprio* (2.2.1962), AAS 54 (1962) 65-66.

(1.7.1962) pidiendo a todos los fieles oraciones y sacrificios⁴⁵; lo mismo que a las religiosas en una carta les pedía que su vida de entrega la ofrecieran por el éxito del Concilio. Y terminaba: «Que os encienda en nuevo fervor la Madre de Dios y nuestra...; que también San José os sea familiar, él que es también Patrono del Concilio Vaticano II; pedid además a los Santos y Santas, que son honrados con especial honor en vuestras instituciones»⁴⁶.

En esa Carta a las religiosas decía Juan XXIII: «El clero recita ya, en unión con Nos, el Breviario de todos los días por el feliz éxito del Concilio Ecuménico»⁴⁷.

Efectivamente en la exhortación *Sacrae laudis* (6.1.1962) invitaba al clero de toda la Iglesia a unirse a El por el éxito del Concilio⁴⁸. Es un verdadero poema de exultación de los tesoros de esa oración pública sacerdotal. Pero sólo nos vamos a detener en lo que a nuestro asunto se refiere.

Comparando el Concilio con una nueva Epifanía, ve en los sacerdotes nuevos Magos que ofrecen los tesoros más ricos al Niño Jesús: «La reciente festividad de Navidad nos acercó en aquellas santas jornadas, además de a María, a su Esposo, el querido San José, viajando una y otro por el camino de Belén, hacia el cumplimiento del gran misterio del *Verbum caro factum est et habitavit in nobis* (Jn 1, 14) ¿Qué más digno para el sacerdote que familiarizarse con San José 'a quien se le dio no sólo ver a Dios y oírle, sino llevarlo, abrazarlo, vestirlo y protegerlo' Por esta razón, con ocasión de su fiesta del 19 de marzo del año pasado, quisimos confiarle también a El la inefable tarea del Concilio, pues ya fue nombrado patrono de la Iglesia universal con ocasión del I Concilio Vaticano, el 8 de diciembre de 1869»⁴⁹.

Pero la fecha del Concilio se acercaba, y en el *Motu proprio Appropinquante Concilio*, 6.9.1962, en que presenta el programa de la magna asamblea, consciente de la viva expectación que despertaba en el mundo entero, y en espera de los grandes frutos que del Concilio se derivarán, insiste en la confianza que le da el recurso al «Dios Omnipotente que hemos invocado en todas nuestras oraciones por mediación de Jesucristo, único Mediador entre Dios y los Hombres, y por media-

45. *Id.*, *Paenitentiam agite*, AAS 54 (1962) 481-491.

46. *Id.*, *Carta Il tempo massimo*, AAS 54 (1962) 508-517.

47. *Ibid.*, pp. 508-509.

48. JUAN XXIII, *Adhortatio apostolica ad clerum*, AAS 54 (1962) 66-75. De su estima por el Breviario tenemos ya apuntados frecuentes ejemplos. Este documento *Sacrae laudis* es un monumento a ese 'oficio divino' «poema sacro ed incantabile».

49. *Ibid.*, p. 68-69.

ción de la Virgen María y de su Esposo San José, bajo cuyo especial patrocinio hemos querido poner el Concilio...⁵⁰

6. *Peregrino a la Casa de Nazaret*

Juan XXIII, consecuente con la movilización espiritual que había tratado de conseguir en todo el mundo, decidió recogerse en unos ejercicios espirituales para disponerse lo mejor posible a la gran gracia que se aproximaba. Y escogió un santuario mariano, porque de niño —comentaba el Papa— había aprendido que el mejor comienzo de una empresa importante, en el orden espiritual, es acudir a un santuario mariano; en concreto se retiró a Nuestra Señora de los Angeles, que por su ubicación a las puertas de Roma era como una especie de vigía espiritual de la Urbe⁵¹.

Como era normal en una sociedad y en una familia piadosamente cristiana, había aprendido a vivir conscientemente su cristianismo de manos de la Virgen. Y de ese aprendizaje inicial había llegado a la persuasión —que tiene su fundamento seriamente teológico— de que en un santuario mariano escucha la Virgen más favorablemente las oraciones y votos de los peregrinos. «Todo nos lleva a María. Ella es, ante todo, la *Ianua coeli* y también el camino para conseguir la abundancia de gracias y el don de las gracias extraordinarias»⁵².

La noticia la daba en su Alocución del 4 de octubre, a una semana de distancia de la apertura del Concilio: el Papa iría, siguiendo la costumbre de algunos de sus predecesores en peregrinación al Santuario de Loreto, la «venerada basílica que bien puede representar, en admirable síntesis, a todos los santuarios del mundo»⁵³. Se comprenden fácilmente las razones: en esa casa, según la venerada tradición, tuvo lugar el misterio de la Encarnación del Verbo, momento inicialmente radical de la Redención del mundo.

Ese santuario alberga la Santa Casa de Nazaret, donde vivió treinta años la Sagrada Familia, modelo de todas las familias que quieran ser cristianas. La familia es un tema nuclear del Concilio Vaticano II, y Juan XXIII había ya adelantado la afirmación de que «aquellas casas donde habita una familia numerosa, son testimonio de fidelidad a Dios, prueba concreta del abandono en su divina providencia»⁵⁴.

50. *Id.*, *Motu proprio* (6.9.1962), AAS 54 (1962) 609-611.

51. *Id.*, *Audiencia general* (9.9.1962), DCM IV.

52. *Id.*, *Audiencia general* (9.9.1962), *L'Osservatore* 12.9.1962.

53. *Id.*, AAS 54 (1962) 723-731.

54. *Id.*, *Mensaje pontificio en la festividad de la S. Familia*, (7.1.1962), DMC IV, 140-141. En la oración con que termina su discurso el Papa insistía

Con Jesús, su Madre María, su padre San José: «Que los fieles coloquen en sus hogares la bendita imagen de José, junto con las de Jesús y María. San José habla poco, pero basta con mirarle y confiarle nuestras cuitas para que en seguida experimentemos su gracia y protección». Lo había dicho en la Audiencia del 1 de mayo de 1961⁵⁵.

Pues a esta bendita casa iba el Papa peregrino, para poner en manos de María y de su Familia los problemas y cuidados de la familia humana, en busca de la fuerza espiritual para tratar de resolver los problemas humanos, y no sólo los de la Iglesia, con la energía, inagotable y siempre a punto, que al misterio de su Iglesia le había dado su Fundador⁵⁶.

En el Santuario pronunció un discurso. Recordó su primera visita en 1900, en la que, después del fervor que puso en los actos penitenciales para ganar el Jubileo, sintiendo el choque del ambiente, del griterío en la plaza, hizo propósito, a pesar de su amor a la Virgen y del afianzamiento de su fidelidad, de no volver más. Pero no cumplía la promesa, y la mirada de la Virgen le sugería tres pensamientos que expuso sencillamente al auditorio: el «secreto de Nazaret» era el misterio de la Encarnación, que consagró treinta años de la vida de Jesús con María y José. Precisamente, como un eco de las enseñanzas de León XIII, aquí está el ejemplo de la Sagrada Familia. «Con Jesús y con su Madre se presentaba también entonces San José a ocupar, por fin, el puesto que le fue concedido por la divina Providencia en la amplia visión de los siglos y en el desarrollo maravilloso del Cuerpo Místico»⁵⁷. Y justamente esos treinta años daban sentido cristiano a la dignidad del hombre, precisamente en el trabajo, que no debe ser sólo una actividad mecánica o material, sino una llamada de Dios a cooperar con su obra continuamente creadora: incluso la más humilde, como lo mostraba el ejemplo de la Sagrada Familia «en el taller de Nazaret»⁵⁸.

en la persuasión de estar ejecutando un designio del Señor: «... la indicación del Concilio la realizamos, Vos lo sabéis, oh Madre, como expresión de obediencia de un designio que nos pareció corresponder a la voluntad divina».

55. *Id.*, *Audiencia general* (1.5.1961), DMC III, 261.

56. Como ya hemos explicado, en el *Discurso* en el Santuario se dirigía a María como «primera estrella del Concilio», y termina con una oración a la Virgen: «Así, por vuestra maternal intercesión en los años y en los siglos futuros, se pueda decir que la gracia de Dios ha precedido, acompañado y coronado el XXI Concilio», DMC IV, 561-562.

57. Creo que es digno de subrayar, en medio de su brevedad, la función soteriológica, y no meramente de 'compañía', de la Madre, del papel de José en el misterio de la Encarnación, y por consiguiente en la Salvación del mundo.

58. Es otro de los grandes temas del Vaticano II, que casi repite las palabras pronunciadas en Loreto por Juan XXIII: «El hombre, en efecto, está llamado a cooperar con los designios de Dios Creador y tal nobleza de la familia

7. La «semilla» que Juan XIII apenas vio germinar

El 11 de octubre (festividad entonces de la Maternidad de María) fue la sesión inaugural del Concilio Vaticano II, y en su Alocución, el Papa insitió en las ideas, sugerencias y esperanzas sembradas a lo largo de tres años de ansiosa expectación. Es la Homilía una especie de programa que podríamos leer en la introducción de la Constitución «Sacrosanctum Concilium»: «Este sacrosanto Concilio se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las instituciones que están sujetas a cambio, promover todo aquello que pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Cristo y fortalecer lo que sirve para atraer a todos los hombres al seno de la Iglesia»⁵⁹.

Después de una solemne ceremonia, impresionante por lo desacomunado y por el esplendor de la misma —agrandado por los medios de comunicación social—, el Papa pronunció un caluroso Discurso, en el que, haciendo una breve historia de los años de preparación del Concilio, afirmaba: «Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es ésto: que el depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz»⁶⁰. Porque la doctrina de Cristo, que custodia la Iglesia, tiene vigor suficiente para solucionar los problemas sociales y los de la familia, así como para reunir en una Familia, la de Dios, a los hombres que se extravían dispersos.

En esta ceremonia, que no es más que la «aurora» de una vasta tarea cuya culminación ponía en labios del Pontífice inspiración de poético entusiasmo, el Papa ponía su esperanza en lo que siempre apoyó la convocatoria y los trabajos que se habían venido realizando:

«¡Oh Dios omnipotente!, en Ti ponemos toda nuestra confianza, desconfiando de nuestro esfuerzo... ¡Oh María, auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, de cuyo amor recientemente hemos tenido particular prueba en tu templo de Loreto, en el cual quisimos venerar el misterio de la Encarnación, dispón todas las cosas para un feliz y propicio éxito, y, *juntamente con tu esposo San José*, con los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, con los Santos Juan, el evangelista y el Bautista, intercede por nosotros ante Dios»⁶¹.

humana, incluso de la más humilde, es recordada y sublimada por el trabajo de Jesús en el taller de Nazaret», *ibid.*, p. 561.

59. CONCILIO VATICANO II, Constitución 'Sacrosanctum Concilium', n. 1.

60. JUAN XXIII, Discurso en la inauguración del Concilio Vaticano II, AAS 54 (1962) 795.

61. *Ibid.*

A partir de esta fecha se comenzó a trabajar con diligencia y seriedad sobre los temas y esquemas que se habían presentado, y que ofrecían, en un ambiente de auténtica libertad, diferentes y aun contrapuestos puntos de vista. A algunas sesiones asistía Juan XXIII.

Pero dado el volumen de los trabajos hubo de interrumpirse el Concilio en «un compás de espera»⁶². Los «frutos» que veía el Papa recogidos muy a corto plazo, se cosecharían en un «nuevo Pentecostés» que el Papa, al despedir a los Padres conciliares, preveía «en el gozo del Nacimiento, el año centenario del concilio de Trento».

«Os aguardan —les prevenía el Papa— ciertamente grandes responsabilidades, pero Dios os sostendrá en el camino. Esté con nosotros siempre la Virgen Inmaculada. Que su castísimo Esposo San José Patrono del Concilio Ecuménico, cuyo nombre brilla ya desde ahora en el canon de la Misa en todo el mundo, os acompañe en el viaje, como acompañó a su Familia con su ayuda querida de Dios»⁶³.

8. *El nombre de San José en el Canon de la Misa Romana*

Era el 8 de diciembre, y precisamente en esa fecha, según la nueva liturgia, comenzaba a mencionarse en la Misa, al lado mismo de su esposa la Santa Virgen Madre de Dios, el nombre de su Esposo San José. Es un hermoso episodio del Vaticano II, de cuya historia ya hecha, daremos un resumen⁶⁴.

Ya en el Concilio Vaticano I muchos Padres conciliares pidieron a Pio IX que se colocase a San José en el puesto litúrgico que merecía su misión en la historia salvífica. Más tarde, en una campaña promovida por el Centro Josefino de Montreal y el de Valladolid, se empe-

62. JUAN XXIII, *Discurso en la clausura de la primera etapa conciliar*, AAS 55 (1963) 33.

63. *Ibid.*, p. 40-41.

64. ISIDORO DE SAN JOSÉ y JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *San José en el Sacrificio de la Misa*, «Centro español de investigación josefina», Valladolid 1963. G. M. BERTRAND, *Le nom de Saint Joseph au canon de la Messe*, en «Cahiers de Josephologie» 10 (1962) 287-347; R. GAUTHIER, *Le nom de Saint Joseph au canon de la Messe*, *ibid.*, 11 (1963) 89-115. El P. Gauthier estudia los votos que sobre San José llegaron a la Santa Sede, recogidos en los volúmenes *Antepreparatoria* (Vaticano 1961), en los que se apunta la posibilidad de tratar de San José en el Concilio, como se iba a tratar de la Virgen, y ya en concreto perfilar una teología sobre San José, solicitando la mayoría un lugar destacado en la liturgia, ya en las Letanías de los Santos, ya en el *Confiteor* y en el canon de la Misa, y en general situarle junto a la Virgen, y siempre antes de todos los Santos del Antiguo Testamento: R. GAUTHIER, *Saint Joseph lors de la préparation du deuxième concile du Vatican*, en «Cahiers de Josephologie» 33, 1 (1965) 89-115.

zaron a recoger firmas en todos los ambientes pidiendo sobre todo la inserción del nombre de San José en el Canon de la Misa. Así, cuando Juan XXIII escribió la *Carta para fomentar la devoción de San José*, le había llegado ya una memoria, seriamente fundamentada, con la lista de 564 solicitantes, pidiendo al Papa la anhelada y esperada realidad. El resultado fue más rápido y más halagüeño de lo que se podía esperar, dado el ambiente mismo, siquiera fuera en un sector, de la Sala Conciliar. El Papa lo había hecho suyo, y no es de extrañar dada su manifiesta devoción josefina.

El 13 de noviembre, en que se venía discutiendo sobre el esquema de la Constitución litúrgica, el cardenal Cicognani, que debía hablar en octavo lugar, dijo: «Tengo el honor y la alegría de anunciar que, asintiendo a vuestros deseos, el Santo Padre ha decidido introducir el nombre de San José en el Canon de la Misa (la asamblea estalló en aplausos). El Concilio se celebra bajo su protección, y esta concesión quedará como un recuerdo y uno de los frutos del Concilio. El nombre del Santo se introducirá en el *Communicantes*, a continuación del de la Virgen María. Es gusto de su Santidad que esta disposición entre inmediatamente en vigor, a partir del 8 de diciembre. Entre tanto la S. Congregación de Ritos procederá a los actos necesarios para la publicación del decreto correspondiente...»⁶⁵.

Y ese mismo día la S. Congregación, que presidía el cardenal Larraona, firmaba dicho Decreto⁶⁶.

Realmente el acontecimiento, para los menos escrupulosos en materia de liturgia, fue motivo de una alegría que se explica en el contexto histórico en que se desarrolló⁶⁷. El mismo Pontífice en la inmediata audiencia general daba cuenta del acontecimiento: «Y hete aquí que sin esperar el final del Concilio en curso, el Papa con grandí-

65. Cfr. *Il Concilio Vaticano II. Cronache del Concilio Vaticano II a cura de Giovanni Caprile*, 1º Periodo 1962-1963, vol. II, p. 148.

66. AAS 54 (1962) 873.

67. Pueden verse algunas de las reacciones favorables en el libro citado, *San José en el Sacrificio de la Misa*, III A, p. 25 ss. El Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, cuyo nombre figura en la lista de los solicitantes, escribió a este respecto: «Cuando en su discurso de clausura del Concilio Vaticano II, el pasado 8 de diciembre, el Santo Padre Juan XXIII anunció que en el canon de la Misa se haría mención del nombre de San José, una altísima personalidad eclesíástica me llamó enseguida por teléfono para decirme: Rallegramenti! ¡Felicidades!; al escuchar ese anuncio pensé enseguida en usted, en la alegría que le habría producido. Y así era: porque en la asamblea conciliar que representa a la Iglesia reunida en el Espíritu Santo, se proclama el inmenso valor sobrenatural de la vida de San José, el valor de una vida sencilla de trabajo cara a Dios, en total cumplimiento de la voluntad divina», *Es Cristo que pasa*, n. 44.

sima alegría ha salido al encuentro de un deseo que él mismo ya hacía tiempo había sentido y que ha visto compartido con los Padres: ha decretado la inserción del nombre de San José en el Divino Sacrificio, inmediatamente después del nombre de María y antes de los Apóstoles y los Mártires... Los amados oyentes podrán intuir el gran gozo que representa para el Papa informarles directamente de esas felices realidades, que, mientras llenan Su alma de vivísima alegría, ofrecen motivo para que ningún fiel se olvide jamás de invocar a San José a favor de su Iglesia y de su Cabeza visible, que se acoge al patrocinio de San José, sea como Papa, sea porque en el Bautismo recibiera su nombre»⁶⁸.

Así que no es de extrañar que, en la clausura de la primera etapa del Concilio —en el punto del «místico arco», la Maternidad Divina de María y su Inmaculada Concepción— pudiera despedir con toda la fuerza de su optimismo a los Padres conciliares con estas palabras: «Esté con vosotros la Virgen Inmaculada. Que su castísimo Esposo San José, Patrono del Concilio Ecuménico, cuyo nombre brilla ya desde hoy en el canon de la Misa en todo el mundo, os acompañe en el viaje, como acompañó a la Sagrada Familia con su ayuda querida de Dios»⁶⁹.

Pero el Papa moría el 3 de junio del año siguiente. Y Pablo VI, reanudando la magna empresa iniciada por inspiración divina, después de evocar la memoria de Juan XXIII, con los amplios fines que propusiera al Concilio, trazaba las líneas para su prosecución, alentándoles con estas palabras: «La comunión de la Iglesia celeste nos sea propicia: asístannos los santos de nuestras diócesis y de nuestras familias religiosas, asístannos los ángeles todos, especialmente los santos Pedro y Pablo y San Juan Bautista, y en particular San José declarado patrono de este Concilio»⁷⁰.

9. *Patrocinio de San José y «juanismo» del Vaticano II*

El Vaticano II, de cuya inspiración divina nunca dudó Juan XXIII, no sólo fue un impulso del santo optimismo del Papa que, a partir de su anuncio, se entregó totalmente a sacarlo adelante movilizándolo las energías de la Iglesia entera, apelando a la responsabilidad de todos los cristianos. Conocía y estimulaba el trabajo de las comisiones, aun superando su enfermedad, y pudo darse cuenta del vastí-

68. JUAN XXIII, *Alocución*, (23.3.1963), DMC, V, 425-429.

69. *Id.*, *Discurso de clausura...*, l. c.

70. PABLO VI, *Discurso de apertura de la segunda sesión del Vaticano II*, AAS 55 (1963) 841 ss.

simo panorama que se presentaba al Concilio para dar un nuevo impulso hacia la meta que a la Iglesia impuso Jesucristo, *ut omnes unum sint*, lema tan entrañable a Juan XXIII. Pero me creo en la obligación de manifestar, siquiera en resumen, lo que, sobre los datos del presente estudio, supuso para Juan XXIII el poner bajo el patrocinio de San José el Concilio Ecuménico, *magnum opus* como solía decir al darse cuenta de la tarea ingente que se fue acumulando a medida que las comisiones presentaban y estudiaban los problemas que llegaban a la sede del Concilio.

Protector y *patrón* en castellano se usan indistintamente⁷¹, lo cual quiere decir que para Juan XXIII San José no sólo fue el protector del Concilio, sino el patrón, o modelo viviente a quien tenía presente en las catequesis y documentos de su magisterio que, en gran parte, fue incorporado a los textos conciliares. Unas 80 notas a pie de página aluden explícitamente a los grandes documentos de Juan XXIII. Pero de la confrontación de toda su catequesis con los documentos que se aprobaron en el Concilio, se puede al menos insinuar que es, mirando a San José, guardián y jefe de la Sagrada Familia, como se esclarecieron tantas enseñanzas que se hicieron conciliares. En fuerza de la brevedad nos detenemos en unos puntos, los más sobresalientes, precisamente, del Concilio Vaticano II.

Sabemos que el trabajo conciliar comenzó por la Liturgia, y, aunque Juan XXIII no viera la última redacción para su firma, decía en el Discurso de clausura: «Y no sin razón se comenzó con el esquema *de sacra liturgia*. Las relaciones del hombre con Dios esto es, el más alto orden de relaciones que hace falta establecer sobre el sólido fundamento de la Revelación y del Magisterio apostólico para proceder *in bonum animarum*, con esa amplitud de visión que nada tiene que ver con la facilidad o la prisa que, a veces, rigen las relaciones mutuas de los individuos»⁷².

La liturgia comprende principalmente la Misa, los Sacramentos y la Liturgia de las horas. Juan XXIII había escrito que «La Misa debe ser el centro de la jornada»⁷³. Y, si es verdad que habló poco del sacerdocio común de los bautizados⁷⁴, afirmaba que la participación activa en la Misa «el acto más solemne de toda la Liturgia»⁷⁵, era

71. Cfr. L. M^a HERRAN, *Por qué es San José patrón de la Iglesia Universal*, en «Teología espiritual» 16 (1972) 13-42.

72. JUAN XXIII, *Discurso de clausura...*, p. 37.

73. *Id.*, *Exhortación a las religiosas*, l. c., p. 500.

74. *Id.*, *Aeterna Dei sapientia*, AAS 53 (1961) 794.

75. *Id.*, *Discurso ante cuatro mil niños cantores*, (1.1.1961), DMC III, 115-119. Y en la exhortación al clero afirma, al recomendar el rezo del Breviario: «... cotidianum Misae Sacrificium quod omnibus prorsus liturgicis precibus antecellit», l. c., p. 69.

el punto focal de donde irradiaría la acción del cristiano para con sus hermanos.

En cuanto al *sacerdocio ministerial* Juan XXIII dictó páginas enteras, llenas de verdadera devoción y estímulo, sobre la necesaria preparación en el seminario, y sobre la vida sacerdotal que debe nutrirse de la Misa y de las enseñanzas tan ricas y sabrosas del Breviario. Su primera encíclica *Sacerdoti nostri primordia* era todo un programa de vida sacerdotal sobre el ejemplo del cura de Ars. Luego, en varias ocasiones, fué proponiendo los ejemplos de San Pio X, San Juan Bosco, San Juan de Ribera...⁷⁶.

Pero la vida del cristiano corriente, de todo cristiano sin distinción —y ésta es una de las más ricas enseñanzas del Vaticano II— tiene como norma su vocación a la santidad, en y por las circunstancias mismas en que se desenvuelve su vida civil, y esa santidad se convertirá en verdadero apostolado, pues sobre todos pesa el mandato de cristianizar el mundo.

Transcribimos un testimonio —hay muchos dispersos en sus enseñanzas— que vale como muestra de esa «novedad», que es como redescubrimiento del Evangelio en una nueva lectura: «Exhortamos, pues, insistentemente a nuestros hijos de todo el mundo, tanto del clero como del laicado, a que procuren tener una conciencia plena de la gran dignidad que poseen por el hecho de estar injertados en Cristo como los sarmientos en la vid, y porque se les permite participar de la vida divina de Aquél. De esta incorporación se sigue que, cuando el cristiano está unido espiritualmente al divino Redentor, al desplegar su actividad en las empresas temporales, su trabajo viene a ser como una continuación del de Jesucristo, del cual toma fuerza y virtud salvadora: el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto. Así el trabajo humano se eleva y ennoblece de tal manera que conduce a la perfección espiritual del hombre que lo realiza y, al mismo tiempo, puede contribuir a extender a los demás los frutos de la redención cristiana, que como levadura evangélica, penetra en las venas de la sociedad civil en que vivimos y trabajamos. Aunque hay que reconocer que nuestro siglo padece gravísimos errores y está agitado por profundos desórdenes, sin embargo, es una época la nuestra en la cual se abren inmensos horizontes de apostolado para los operarios de la Iglesia, despertando gran esperanza en nuestros espíritus»⁷⁷.

Y de esta verdad nuclear —el Cuerpo de Cristo que formamos los

76. Entre los documentos mayores citaremos la encíclica *Sacerdotii nostri primordia* y el documento *Sacrae laudis*, varias veces citado, además de las Alocuciones en sus visitas a los seminarios y casas de formación.

77. JUAN XXIII, *Mater et Magistra*, AAS 53 (1961) 462.

cristianos y al que están llamados todos los que aún no pertenecen a él— nace la dignidad de la persona, con todos sus derechos y obligaciones, y que Juan XXIII enumera en la encíclica *Pacem in terris*⁷⁸.

Particular interés pone el Papa en la familia —y se entiende cuando se sabe la devoción del Papa a San José, guardián y jefe de su Familia en Nazaret—: como la persona, realizando responsablemente su profesión, colabora al designio de Dios Creador, la familia ha de cobrar conciencia de ser colaboradora con el Dador de la vida humana⁷⁹.

Nos hemos fijado sólo, como advertimos, en los *grandes temas* del Vaticano II. Y todos, con los perfiles que se fueron precisando en la continuación del Concilio, fueron objeto de las Encíclicas y otros documentos de Juan XXIII, así como de la catequesis familiar con la que desempeñó ejemplarmente su oficio magisterial. Y, permítasenos insistir en la idea de que esa enseñanza que se le iluminaba interiormente por su devoción a San José, si muchas veces no lo hacía expresamente, en tantas ocasiones expresamente señalaba a su Modelo.

Y concluimos nuestro empeño con unas muestras más de su enseñanza y del afán de transmitir su devoción al Glorioso Patriarca: «Estamos en el mes de marzo, el mes dedicado a San José. Todos podemos imitarle observando las excelsas cumbres de sus cualidades y virtudes, meditando sobre la fe y grandeza con que cumplía todas las exigencias de su trabajo, de su asistencia, de solicitud, y de encomendarnos a su protección e intercesión»⁸⁰. «Características del Esposo de María y Padre putativo de Jesús fueron la humildad, el escondimiento, el silencio: el espíritu de constante *mirada a Dios, para escuchar su voz y realizar inmediatamente sus supremos mandatos*»⁸¹.

Y en el mensaje a los trabajadores del 1 de mayo de 1960 oraba a San José: «¡Oh José, Custodio de Jesús, Esposo castísimo de María, que pasaste toda tu vida en el cumplimiento perfecto del deber sosteniendo con el trabajo de tus manos a la Sagrada Familia de Nazaret, protege propicio a los que, confiados, acuden a ti... Haz que también tus protegidos comprendan que no están solos en el trabajo, sino que sepan descubrir a su lado a Jesús, acogerlo con la gracia y custodiarlo

78. *Id.*, *Pacem in Terris*, AAS 55 (1963) 257-304.

79. *Id.*, *Mensaje de Su Santidad el Papa en la festividad de la Sagrada Familia*, (8.1.1962), l. c.

80. *Id.*, *Alocución en la iglesia parroquial de Jesús Divino Maestro* (5.3.1961), DMC III, 544. En ella afirma el Papa: «Il lavoro, adunque, coordinato in supremi dittami di adessione alla legge di Dio, é sempre sorgente de santificazione e de felicitá vera».

81. *Id.*, *Audiencia general* (20.3.1963), DMC V, 428.

fielmente, como Tú lo hicieras. Procura que en toda familia, en todo taller, en todo laboratorio, en cualquier parte donde trabaje un cristiano, sea todo santificado en la caridad, en la paciencia, en la justicia y en el intento de hacerlo todo bien»⁸².

L. M^a Herrán
S. Juan de Dios, 5
47003 VALLADOLID

82. *Id.*, *Radiomensaje a todos los obreros del mundo*, (1.5.1960), AAS 52 (1960) 398.

